





Reina
Victoria





Reina Victoria

Lytton Strachey

A

Strachey, Lytton

Reina Victoria. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2014.
272 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Nora Watson
ISBN 978-950-02-0826-0

1. Reina Victoria. Biografía.
CDD 921

Reina Victoria

Título original: *Queen Victoria*

Traductora: Nora Watson

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: mayo de 2004

2ª edición: noviembre de 2014

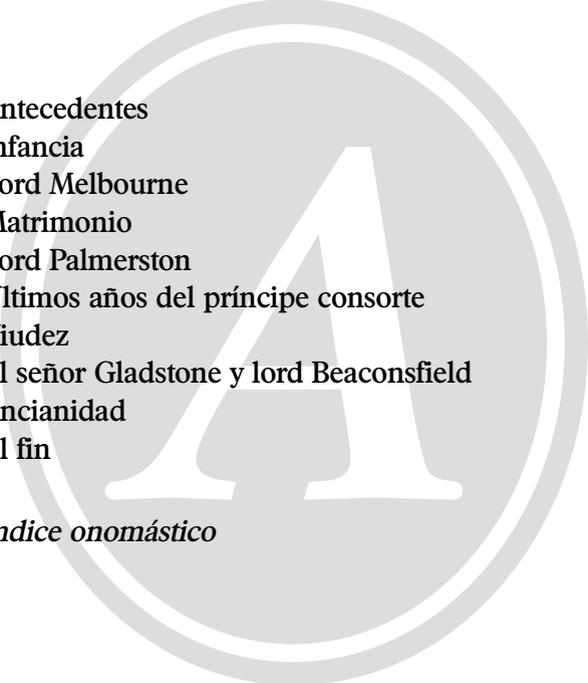
ISBN 978-950-02-0826-0

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

ÍNDICE

1. Antecedentes	II
2. Infancia	25
3. Lord Melbourne	53
4. Matrimonio	91
5. Lord Palmerston	133
6. Últimos años del príncipe consorte	163
7. Viudez	191
8. El señor Gladstone y lord Beaconsfield	209
9. Ancianidad	233
10. El fin	263
<i>Índice onomástico</i>	267







Para Virginia Woolf



1

Antecedentes

El 6 de noviembre de 1817 murió la princesa Carlota, única hija del príncipe regente y heredera del trono de Inglaterra. Su corta vida no fue precisamente feliz. Impulsiva por naturaleza, caprichosa y vehemente, siempre había ansiado tener libertad, pero nunca la consiguió. Criada en un ambiente de fuertes peleas familiares, a tierna edad la separaron de su madre, una mujer excéntrica y de dudosa reputación y la pusieron a cargo del padre, un hombre egoísta y de fama igualmente dudosa. Cuando cumplió diecisiete años él decidió casarla con el príncipe de Orange, y si bien ella al principio aceptó, imprevistamente se enamoró del príncipe Augusto de Prusia y decidió romper ese compromiso. No se trataba de su primer amor, pues antes había mantenido una correspondencia clandestina con un tal capitán Hess.

El príncipe Augusto ya había celebrado un matrimonio morganático, pero la princesa no lo sabía y él tampoco se lo dirá. Justo cuando ella estaba finalizando los trámites del rompimiento de su compromiso con el príncipe de Orange, los soberanos aliados –era junio de 1814– llegaron a Londres a celebrar su victoria. Entre ellos, en el séquito del emperador de Rusia estaba el joven y apuesto príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, quien en vano trató de atraer la atención de la princesa, pues ella ya le había entregado su corazón a otro. Al mes siguiente, al descubrir el príncipe regente que su hija mantenía

citadas secretas con el príncipe Augusto, se enfureció, despidió a toda la servidumbre de la princesa y, como castigo, a ella la mantuvo encerrada en Windsor Park. “¡Dios Todopoderoso, dame paciencia!”, exclamó ella de rodillas. Después, bajó corriendo por las escaleras, salió a la calle, tomó el primer coche que pasó y se dirigió a la casa de su madre en Bayswater. Enseguida fue descubierta, perseguida y finalmente cedió a las presiones de sus tíos, los duques de York y de Sussex, de Brougham y del obispo de Salisbury, y a las dos de la madrugada regresó a Carlton House. Nuevamente recluida en Windsor, no se supo nada más del príncipe de Orange y tampoco hubo noticias de Augusto; con lo cual el camino quedó abierto para el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo.

El príncipe tuvo la astucia suficiente para congraciarse con el regente, impresionar a los ministros y hacerse amigo de un tío de la princesa, el duque de Kent. Por intermedio del duque podía comunicarse en privado con ella, quien ahora declaraba que sin él no podría ser feliz. Cuando, después de Waterloo, él permaneció en París, el ayudante de campo del duque se convirtió en el correo que llevaba cartas de un lado al otro del Canal de la Mancha. En enero de 1816 el príncipe fue invitado a Inglaterra y en el mes de mayo se celebró la boda.

El carácter del príncipe Leopoldo era notablemente diferente del de su esposa. Hijo menor de un príncipe alemán poco importante, tenía en ese momento veintiséis años, se había destacado en la guerra contra Napoleón, demostrando un notable talento diplomático en el Congreso de Viena, y ahora se enfrentaba con la tarea de domesticar a una princesa revoltosa. De temperamento frío, sereno en su manera de hablar, cuidadoso en su actitud, muy pronto logró dominar a esa muchachita impetuosa, generosa y un poco salvaje que tenía junto a él. Descubrió que en ella había muchas cosas que él no podía aprobar: era burlona, tenía pataletas, reía a carcajadas; carecía casi por completo del autocontrol que se requiere en una princesa y sus modales eran abominables. De esto último él era un juez excelente, puesto que solía moverse –como él mismo le explicó a su sobrina muchos años más tarde– en la mejor sociedad europea, y de hecho se lo consideraba “lo que se denomina en francés *de la fleur des pois*”. Entre ambos surgían cons-

tantes fricciones, pero después cada escena terminaba de la misma manera. De pie frente a él como un chiquillo rebelde en enaguas, el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos detrás de la espalda, las mejillas encendidas y un brillo intenso en los ojos, ella finalmente decía que estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera. “Si tú lo deseas, lo haré”, decía. “No quiero nada para mí”, era la respuesta invariable de él, “cuando te exijo algo, es porque estoy convencido de que es lo mejor para ti.”

Entre los miembros del personal de Claremont, cerca de Esher, donde fijó su residencia la pareja real, había un joven médico alemán, Christian Friedrich Stockmar. Hijo de un magistrado menor de Coburgo, después de haber participado en la guerra como oficial médico, había instalado su consultorio en su ciudad natal. Allí conoció al príncipe Leopoldo, quien quedó impresionado con su habilidad y, luego de casarse, se lo llevó a Inglaterra como su médico personal. Un curioso destino aguardaba a este hombre joven; muchos eran los dones que el futuro tenía reservados para él —muchos y bien variados—: influencia, poder, misterio, desdicha y una pena muy grande en el corazón. En Claremont, su posición era humilde, pero la princesa se encariñó con él, lo apodó “Stocky” y con él solía corretear por los pasillos. Dispéptico por constitución y de temperamento melancólico, en ocasiones podía mostrarse alegre y animado, y en Coburgo tenía fama de ingenioso. Era también virtuoso, y contemplaba con aprobación el *ménage* real. Escribió en su diario: “Mi señor es el mejor de los maridos del mundo, y su esposa lo ama muchísimo, con un amor cuyo tamaño sólo puede compararse con el de la deuda nacional inglesa”.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, Stockmar dio pruebas de poseer otra cualidad, una cualidad que habría de teñir toda su vida: una sagacidad sumamente cauta. Cuando, en la primavera de 1817, se supo que la princesa esperaba un hijo, le ofrecieron el puesto de uno de los médicos personales de ella, y él tuvo el buen tino de rechazarlo. Intuyó que sus colegas sentirían celos de él, que lo más probable sería que nadie aceptara sus indicaciones y que, si algo llegaba

a salir mal, sin duda le echarían la culpa al médico extranjero. De hecho, muy pronto se convenció de que la dieta rigurosa y las constantes sangrías a que era sometida la infortunada princesa eran un error. Llevó a un aparte al príncipe y le suplicó que les transmitiera esa opinión a los médicos ingleses; pero fue inútil. El tratamiento, que estaba de moda, se continuó durante meses. El 5 de noviembre, a las nueve de la noche, después de un trabajo de parto de más de cincuenta horas, la princesa dio a luz a un bebito muerto. Y a la medianoche, su cuerpo exhausto cedió. Fue entonces cuando, finalmente, Stockmar aceptó verla. Al entrar en su dormitorio la encontró prácticamente agonizando, mientras los médicos la atosigaban con vino. Ella le tomó la mano y se la oprimió. “Ellos me están emborrachando”, le dijo. Al cabo de un rato se retiró, pero cuando estaba en la habitación contigua la oyó llamarlo en voz alta: “¡Stocky! ¡Stocky!”. Cuando volvió a entrar en su dormitorio ya brotaban de la garganta de la princesa estertores agónicos. Ella se agitó con violencia de un lado al otro; de pronto flexionó las rodillas y todo terminó.

El príncipe, después de muchas horas de vigilia junto a su esposa, había abandonado la habitación para descansar un momento, y le tocó a Stockmar darle la noticia de que su esposa había fallecido. Al principio el príncipe se negó a creerlo. Cuando volvió al dormitorio, se desplomó en un sillón mientras Stockmar se arrodillaba junto a él. Todo parecía un sueño; era imposible que fuera cierto. Finalmente, también el príncipe se arrodilló junto a la cama y besó las manos heladas de su esposa. Luego se puso de pie y exclamó: “¡Estoy desolado! Prométeme que nunca te alejarás de mí”, y se arrojó en brazos de Stockmar.

II

La tragedia ocurrida en Claremont generó una mezcla de sorpresa e incertidumbre. El calidoscopio real había cambiado repentinamente, y nadie sabía de qué manera se rearmarían las cosas. La su-

cesión al trono, que había parecido solucionada tan satisfactoriamente, se convertía ahora en un problema urgente y, al mismo tiempo, incierto.

Jorge III, anciano y lunático, seguía vivo en Windsor, por completo ajeno a lo que sucedía en el mundo exterior. El menor de sus siete hijos ya era más que cincuentón y ninguno tenía hijos legítimos. Por lo tanto, las perspectivas eran bastante problemáticas. Parecía muy poco probable que el príncipe regente, quien poco tiempo antes había sido obligado a no seguir usando corsé y exhibía una figura ridícula de lujuriosa obesidad,* pudiera tener hijos, aun suponiendo que se divorciara de su esposa y se volviera a casar.

Además del duque de Kent, de quien nos ocuparemos más adelante, los otros hermanos, de mayor a menor, eran los duques de York, de Clarence, de Cumberland, de Sussex y de Cambridge. El duque de York, cuyas escapadas en el pasado con la señora Clarke y el ejército lo habían metido en problemas, ahora dividía su vida entre Londres y una enorme casa de campo decorada con extravagancia y muy incómoda, donde él se dedicaba a los caballos de carrera, a jugar al *whist* y a contar cuentos indecentes. Había una razón por la cual se destacaba de los demás príncipes: era entre ellos el único que poseía las condiciones de un caballero. Había estado casado mucho tiempo con la princesa real de Prusia, una dama que casi nunca se acostaba y que estaba todo el tiempo rodeada de una cantidad enorme de perros, loros y monos. No tuvieron hijos.

El duque de Clarence había vivido muchos años en completo anonimato con una actriz, la señora Jordan, en Bushey Park. Con ella tuvo una cantidad de hijos e hijas y, de hecho, todo parecía indicar que se había casado con ella cuando, repentinamente, se separó de la actriz y le ofreció matrimonio a la señorita Wykeham, una mujer delirante poseedora de una gran fortuna, quien, sin embargo, no quiso tener nada que ver con él. Poco después, la señora Jordan murió

* “Prinny se ha soltado la panza, que ahora le llega a las rodillas; en todos los demás sentidos se dice que está bien.”

en París, casi en la miseria. El duque de Cumberland era, probablemente, el hombre más odiado de Inglaterra. Feo en extremo, con un ojo desviado, era malhumorado y vengativo en privado, un violento reaccionario en el campo de la política y luego sospechado de haber asesinado a su valet y de haber mantenido una intriga amorosa de naturaleza muy escandalosa. En los últimos tiempos se había casado con una princesa alemana, pero ese matrimonio todavía no había tenido hijos.

El duque de Sussex tenía cierta inclinación por la literatura y coleccionaba libros. Se había casado con lady Augusta Murray, con quien tuvo dos hijos, pero el matrimonio fue declarado nulo bajo la Ley de Matrimonios Reales. Después de la muerte de lady Augusta, el duque se casó con lady Cecilia Buggin, quien cambió su apellido por el de Underwood, pero también ese matrimonio fue anulado. No es mucho lo que se sabe del duque de Cambridge, el más joven de los hermanos; sólo, que vivía en Hannover, usaba peluca rubia, era charlatán e impaciente y no se había casado.

Además de los siete hijos varones de Jorge III, habían sobrevivido cinco hijas. De ellas, dos –la reina de Württemberg y la duquesa de Gloucester– estaban casadas y no tenían descendencia. Las tres princesas solteras –Augusta, Isabel y Sofía– tenían más de cuarenta años.

III

El cuarto hijo de Jorge III era Eduardo, duque de Kent. Ya tenía cincuenta años y era un hombre alto, corpulento y vigoroso, de rostro rubicundo, cejas tupidas y calva incipiente, y con el poco pelo que le quedaba teñido de color negro retinto. Se vestía con cuidado y sobriedad y todo su aspecto exhibía una rigidez que no contradecía su carácter. Había pasado la juventud en el ejército –en Gibraltar, Canadá y las Indias Occidentales– y, gracias a su entrenamiento militar, se había convertido primero en un adicto a la disciplina y luego en

un tirano. En 1802, después de haber sido enviado a Gibraltar para restituir el orden en un cuartel amotinado, se le ordenó regresar acusado de haber ejercido una severidad excesiva, lo cual puso fin a su activa carrera militar. A partir de entonces se había pasado la vida regulando sus asuntos domésticos con gran exactitud, metiendo la nariz en las aventuras de sus muchos dependientes, diseñando relojes y tratando de poner en orden sus finanzas, pues, a pesar de ser –como lo describió alguien que lo conocía bien– “*reglé comme du papier à musique*”, y pese a un ingreso de 24.000 libras por año, estaba endeudado hasta las orejas. Se había peleado con casi todos sus hermanos, en especial con el príncipe regente, y era natural que se hubiera unido a la oposición política y convertido en un pilar del partido Whig.

Cuáles habrán sido realmente sus opiniones políticas es algo incierto; con frecuencia se ha afirmado que era liberal, o incluso radical y, si hemos de dar crédito a Robert Owen, era un socialista determinista. Sus relaciones con Owen –el astuto, crédulo, arrogante, obstinado, insigne y descabellado padre del socialismo y la acción cooperativa– eran extrañas y peculiares. Hablaba de visitar las fábricas de New Lanark y, de hecho, presidió una de las reuniones públicas de Owen.

Intercambió con él correspondencia en términos confidenciales y (al menos eso nos asegura Owen) después de su muerte regresó de “la esfera de los espíritus” para alentar a los partidarios de Owen en la Tierra. “De manera especial”, dice Owen, “debo señalar lo mucho que le preocupaba al espíritu de Su Alteza Real, el desaparecido duque de Kent (quien tuvo a bien informarme que no existían títulos nobiliarios en las esferas espirituales en las que había ingresado), beneficiar en el futuro no a una clase, una secta, un partido o a cualquier país en particular, sino a la totalidad de la raza humana. Todo el proceder de su espíritu ha sido impecable conmigo, pues se ocupó él mismo de fijar sus citas, a las que su espíritu acudió con una puntualidad perfecta”.

Pero Owen era de temperamento sanguíneo y también incluyó entre sus prosélitos al presidente Jefferson, al príncipe Metternich y a Na-

poleón, de modo que cabría poner un poco en duda los puntos de vista del duque de Kent. Lo cierto es que Su Alteza Real le pidió prestadas, en varias ocasiones, distintas sumas de dinero a Robert Owen, dinero que jamás devolvió y que ascendía a varios cientos de libras esterlinas.

Después de la muerte de la princesa Carlota fue evidente, y por más de una razón, la importancia de que el duque de Kent volviera a casarse. Desde el punto de vista de la nación, la falta de herederos en la familia reinante lo convertía en casi una obligación; probablemente era también algo oportuno desde el punto de vista del mismo duque. El hecho de casarse como un acto patriótico, en bien de la sucesión real, sin duda le aseguraba algún reconocimiento por parte de un país agradecido. Cuando el duque de York se casó, se había hecho acreedor a una asignación de 25.000 libras por año. ¿Por qué, entonces, él no habría de recibir una suma similar? Pero la situación no era precisamente sencilla. Había que tomar también en cuenta al duque de Clarence, el hermano mayor, y si *él* se casaba, evidentemente tendría prioridad en reclamar ese dinero. Por otro lado, si el duque de Kent se casaba, era importante recordar que estaría haciendo un gran sacrificio, pues había una dama involucrada.

Alrededor de un mes después de la muerte de su sobrina y mientras reflexionaba con mucha atención en estos asuntos, el duque visitó Bruselas y se enteró de que el señor Creevey se encontraba también en esa ciudad. El señor Creevey era muy amigo de los líderes del partido Whig y un chismoso inveterado, y el duque pensó que no habría un canal mejor para transmitir sus opiniones respecto de la situación a los círculos políticos de su país. Al parecer, no se le cruzó por la mente la idea de que el señor Creevey era un individuo avieso y que podía llevar un diario. Por consiguiente, lo mandó llamar con un pretexto trivial y en ese encuentro tuvo lugar una conversación interesante.

Después de referirse a la muerte de la princesa, a lo poco probable que era que el regente apelara al divorcio, a la falta de hijos del duque de York y a la posibilidad de que el duque de Clarence contrajera matrimonio, el duque se refirió a su propia posición. "Si el duque

de Clarence no se casa”, dijo, “el príncipe que sigue en la sucesión soy yo, y aunque confío en que en todo momento estaré dispuesto a obedecer lo que mi país me pida, sólo Dios sabe el sacrificio que será para mí convertirme en un hombre casado, si creo que ése es mi deber. Hace ahora veintisiete años que Madame St. Laurent y yo convivimos: somos de la misma edad y hemos compartido toda clase de situaciones y de problemas, así que ya puede usted imaginar, señor Creevey, lo penoso que sería para mí separarme de ella. Imagine lo que sería para usted separarse de la señora Creevey... En cuanto a Madame St. Laurent, le aseguro que no sé qué sería de ella si yo me viera obligado a casarme; es un tema que ya la aflige muchísimo”.

El duque pasó a describir cómo, cierta mañana, uno o dos días después de la muerte de la princesa Carlota, apareció en el *Morning Chronicle* un artículo que aludía a la posibilidad de que ese matrimonio se concretara. Él había recibido el periódico durante el desayuno, junto con su correspondencia, y “entonces hice lo de siempre, deslicé el periódico por la mesa hacia Madame St. Laurent y comencé a abrir y a leer las cartas dirigidas a mí. Minutos después, un ruido extraño procedente de la garganta de Madame St. Laurent llamó mi atención y entonces noté en ella un movimiento convulsivo. Confieso que por un instante temí por su vida y cuando finalmente ella se recuperó y le pregunté el motivo de ese ataque, me señaló el artículo publicado en el *Morning Chronicle*”.

El duque retomó entonces el tema del duque de Clarence. “Mi hermano, el duque de Clarence, es el mayor de los hermanos y tiene, por cierto, el derecho de casarse si lo desea, y yo jamás interferiría su elección. Si él desea ser rey, casarse y tener hijos, ique Dios lo ayude! Yo no soy un hombre ambicioso y sólo quisiera seguir como estoy... Ya sabe que este año la Pascua cae muy temprano, el 22 de marzo. Si el duque de Clarence no ha tomado hasta ese momento ninguna decisión, tendré que encontrar alguna excusa para que Madame St. Laurent acepte que yo viaje a Inglaterra por un tiempo. Una vez allí, me será fácil consultar con mis amigos cuál es la actitud adecuada que debería tomar. Si antes de esa fecha el duque de Clarence no ha decidido casarse, sin duda será mi deber tomar medidas con respecto a ese tema”.

El duque de Kent dijo que se habían mencionado dos nombres en este sentido: el de la princesa de Baden y el de la princesa de Sajonia-Coburgo. En su opinión, la segunda representaría quizá la mejor elección debido a que el príncipe Leopoldo era tan popular en la nación; pero antes de dar ningún paso, él confiaba en que se le haría justicia a Madame St. Laurent. “Ella es de muy buena familia”, explicó, “nunca fue actriz y yo soy el primer y único hombre con quien ha vivido. Y su desinterés ha sido tan grande como su fidelidad. Al principio, recibía de mí 100 libras por año. Esa suma aumentó después a 400 libras y, por último, a 1000; pero cuando mis deudas hicieron que para darle esa suma tuviera que sacrificar gran parte de mis ingresos, Madame St. Laurent insistió en volver a recibir sólo 400 libras por año. Si Madame St. Laurent se ve obligada a volver a vivir entre sus amistades, debe poder hacerlo con una independencia que inspire respeto. No será mucho lo que yo exija para ella, pero sí resultará esencial proporcionarle cierto número de criados y un carruaje”.

En cuanto a lo que esperaba para él, el duque comentó que confiaba en que la boda del duque de York fuera considerada un precedente. “Ése”, dijo, “fue un matrimonio cuya finalidad era la sucesión, y se dispuso una asignación de 25.000 libras, además de los otros ingresos habituales, nada más que por esa razón. Yo estaré satisfecho con un arreglo similar, sin exigir que se tome en cuenta la devaluación del dinero desde 1792 hasta la fecha. En cuanto al pago de mis deudas no son muchas. Al contrario, diría que la nación está grandemente en deuda conmigo”. En ese momento se oyeron las campanadas del reloj y eso pareció recordarle al duque que tenía un compromiso, de modo que se puso de pie y el señor Creevey se fue.

¿Quién podría mantener en secreto esa comunicación? Por cierto, no el señor Creevey. Se apresuró a contarle todo al duque de Wellington, a quien le pareció divertido y quien en una larga carta puso al tanto de las novedades a lord Sefton. Éste a su vez consideró la carta “muy *apropos*”, mientras un cirujano le examinaba la vejiga para comprobar si tenía cálculos. “Nunca vi a nadie tan atónito como el médico”, escribió lord Sefton en su respuesta, “al verme reír a carcajadas en cuanto la operación llegó a su término. Ninguna noticia podría

superar la ingenuidad de Eduardo. No se sabe qué admirar más: si la delicadeza de su apego a Madame St. Laurent, el refinamiento de sus sentimientos hacia el duque de Clarence o su perfecto desinterés en cuestiones pecuniarias”.

Después resultó que los dos hermanos decidieron casarse. El duque de Kent prefirió a la princesa de Sajonia-Coburgo y no a la princesa de Baden, y contrajo matrimonio con ella el 29 de mayo de 1818. El 11 de junio hizo lo propio el duque de Clarence, quien se casó con la hija del duque de Sajonia-Meiningen, la futura reina Adelaida, y ambos sufrieron un revés en cuanto a sus expectativas financieras, pues aunque el gobierno presentó la propuesta de incrementar sus asignaciones, junto con la del duque de Cumberland, la Cámara de los Comunes rechazó esas solicitudes. Esto no sorprendió en absoluto al duque de Wellington. “¡Por Dios!”, exclamó, “es mucho lo que queda por decir a ese respecto. Ellos son la carga más pesada que debe soportar cualquier gobierno. Ellos han insultado –insultado *personalmente*– a dos tercios de los caballeros de Inglaterra, de modo que ¿cómo puede sorprendernos que se desquiten de ellos en la Cámara de los Comunes? Era su oportunidad para hacerlo y, en mi opinión, ¡vaya si tienen derecho de aprovecharla!”. Sin embargo, tiempo después el Parlamento incrementó en 6000 libras la anualidad del duque de Kent.

Se ignora por completo qué fue después de Madame St. Laurent.

IV

La nueva duquesa de Kent, Victoria María Luisa, era hija de Francisco, el duque de Sajonia-Coburgo-Saalfeld, y hermana del príncipe Leopoldo. Era una familia antigua, una rama de la gran Casa de Wettin, que desde el siglo XI gobernó la zona fronteriza de Meissen sobre el Elba. En el siglo XV todas las posesiones de la Casa habían sido divididas entre las ramas Albertina y Ernestina: de la primera descendían los electores y reyes de Sajonia; la segunda, que gobernaba Turin-

gia, se subdividió después en cinco ramas, una de las cuales era el ducado de Sajonia-Coburgo. Este principado era muy pequeño, con alrededor de 60.000 habitantes, pero disfrutaba de independencia y de derechos soberanos. Durante los agitados años que siguieron a la Revolución Francesa, ese ducado se vio muy involucrado en lo que acontecía. El duque era un hombre extravagante y mantenía su casa abierta para la multitud de refugiados que huían hacia el Este por Alemania a medida que el poder francés avanzaba.

Entre estos refugiados estaba el príncipe de Leiningen, un petimetre de cierta edad, cuyos dominios sobre el Mosela le habían sido despojados por los franceses, pero a quien, en compensación, se le entregó el territorio de Amorbach en la Baja Franconia. En 1803 se casó con la princesa Victoria, que en ese momento tenía diecisiete años. Tres años después el duque Francisco murió en la ruina. La horda napoleónica pasó sobre Sajonia-Coburgo. Los franceses se apoderaron del ducado y la familia ducal quedó reducida a una pobreza absoluta próxima a la inanición. Al mismo tiempo, el pequeño principado de Amorbach fue devastado por los ejércitos franceses, rusos y austríacos, que lo atravesaban con sus marchas y contramarchas. Durante años casi no hubo vacas en el país, ni suficiente pasto para alimentar a una bandada de gansos. Así de desesperada era la situación de la familia que, una generación más tarde, habría de tener una posición firme en la mitad de las casas reinantes de Europa.

La rastra napoleónica había cumplido con su tarea; la semilla había sido plantada y la cosecha habría sorprendido al mismo Napoleón. El príncipe Leopoldo, obligado a abrirse camino por su cuenta a la edad de quince años, se forjó una carrera y se casó con la heredera de Inglaterra. La princesa de Leiningen, que luchaba en Amorbach con la pobreza, las requisas de los militares y un marido inútil, desarrolló una independencia de carácter y una tenacidad y determinación que le resultarían muy útiles en diferentes circunstancias.

En 1814 falleció su marido, dejándola con dos hijos y la regencia del principado. Después del matrimonio de su hermano con la princesa Carlota, se le propuso casarse con el duque de Kent, pero ella declinó el ofrecimiento aduciendo que la crianza de sus hijos y el ma-

nejo de sus dominios le impedían asumir otros compromisos. Sin embargo, la muerte de la princesa Carlota modificó las cosas, y cuando el duque de Kent volvió a pedirle la mano, ella aceptó. Tenía entonces treinta y dos años; era baja, robusta, con ojos oscuros, pelo castaño y mejillas sonrosadas, su carácter era alegre y voluble, y vestía maravillosamente con sedas y terciopelos de colores vivos.

Era una suerte que tuviera ese temperamento, pues estaba destinada a enfrentar muchas adversidades a lo largo de su vida. Su segundo matrimonio, de dudosas posibilidades de éxito, pareció al principio ser más que nada una fuente de dificultades y aflicciones. El duque de Kent, quien declaró que seguía siendo demasiado pobre para vivir en Inglaterra, se lo pasaba deambulando por Bélgica y Alemania, asistiendo a desfiles militares e inspeccionando cuarteles con una impecable capa militar, mientras los personajes importantes de Inglaterra lo observaban con recelo y el duque de Wellington lo apodaba “El Cabo”. “¡Maldición!”, le lanzó al señor Creevey. “¿Sabe cómo le dicen sus hermanas? Lo llaman José el Superficial”.*

En Valenciennes, donde se realizaba un desfile militar y se ofrecía una gran cena, la duquesa llegó con una dama de compañía vieja y fea y el duque de Wellington se vio en problemas. “¿Quién demonios le dará el brazo a la dama de honor?”, preguntaba de aquí para allá, hasta que de pronto encontró la solución: “Maldito sea, Freemantle, busque al alcalde y que él lo haga”. De modo que llevaron al alcalde de Valenciennes con ese propósito y –al menos eso nos cuenta el señor Creevey–, “vaya espectáculo que fue ése”. Algunos días después, en Bruselas, el señor Creevey en persona tuvo una experiencia desafortunada. Era preciso inspeccionar una escuela militar... antes del desayuno. La compañía estaba reunida y todo era satisfactorio, pero el duque de

* Joseph Surface. Nombre inventado por el dramaturgo Richard Brinsley Sheridan (1750?-1816) para uno de los personajes de sus sátiras. Era todavía común en el siglo XIX nombrar a los personajes con las cualidades o defectos que los caracterizaban. La tradición se inició en la Edad Media, con los dramas alegóricos de virtudes morales. [N. del E.]

Kent seguía examinando cada detalle y haciendo una pregunta metódica tras otra, al punto que el señor Creevey ya no pudo soportarlo y le susurró al que tenía al lado que estaba muerto de hambre.

El duque de Wellington lo oyó y dijo, encantado: “Le recomiendo que, cada vez que vaya a reunirse con la familia real por la mañana, y sobre todo con *El Cabo*, siempre desayune primero”. Después se supo que él y los suyos habían tomado esa precaución, y ese hombre grandote se divirtió de lo lindo, mientras la catarata de preguntas continuaba, al señalar cada tanto al señor Creevey con el comentario: “*Voi-là le monsieur qui n’a pas déjeuné!*”.

Instalado finalmente en Amorbach, el tiempo pesaba con fuerza sobre el duque. El establecimiento era pequeño, el país estaba empobrecido, y hasta la fabricación de relojes se volvió tediosa. Se puso a cavilar –pues, a pesar de su religiosidad, la superstición no le era del todo ajena– en la profecía de una gitana de Gibraltar, quien le predijo que él tendría muchas pérdidas y cruces, pero que moriría feliz, y que su única hija sería reina. Antes de que transcurriera mucho tiempo fue evidente que esperaba un hijo, y entonces el duque decidió que debía nacer en Inglaterra. Carecía de fondos para el viaje, pero ni siquiera eso lo amilanó. Declaró que, pasara lo que pasara, su hijo debía nacer en Inglaterra.

Alquilaron un carruaje que condujo el duque en persona. En su interior iban la duquesa, su hija Feodora, una muchacha de catorce años, y también mucamas, niñeras, perros falderos y canarios. Y así partieron y cruzaron Alemania y Francia. Los caminos pésimos y las posadas baratas no fueron obstáculos para ese duque riguroso y esa ecuánime y robusta duquesa. Cruzaron el Canal de la Mancha y llegaron sanos y salvos a Londres. Las autoridades les proveyeron varias habitaciones en el palacio de Kensington; y allí, el 24 de mayo de 1819, nació una niña.